



LOS SANTOS ANGELES

ASPECTOS DOGMATICOS Y DERIVACIONES ESPIRITUALES

Fernando Riaza, S. I.

EL mundo teológico-litúrgico de los ángeles tiene gran importancia en la revelación y culto cristianos. Sin embargo a esta importancia del mundo angélico no corresponde hoy la que suele concederle el ambiente de los fieles. Ha habido recientemente tendencias teológicas y escriturísticas que no favorecen en nada nuestras ideas sobre ellos (1). Por eso no es inútil que nos ocupemos del tema.

No se trata, primariamente de “tenerles devoción”, sino de saber cuál es su puesto ante Dios y respecto de nosotros, de buscar algo en la rica teología de los ángeles. Y precisamente por esa riqueza voy a limitarme a un punto concreto, a la función angélica de adoración y alabanza. Parece lo más lejano que de ellos pudiésemos tratar. Sin embargo, veremos que tiene relación con nosotros.

(1) «*Humani Generis*» (AAS 42[1950]570; Denz. El Magisterio de la Iglesia. Versión de D. Ruiz Bueno. Herder 1955 núm. 2318).

La Escritura

En su comentario al Salmo 36 nos habla San Agustín del estadio final de “la ciudad de Jerusalén y en ella todos los fieles que han existido desde el principio hasta el fin de los tiempos, unidas también las legiones y ejércitos de los ángeles para que sea aquella una sola ciudad bajo un solo rey... feliz en la paz y salud eterna, alabando a Dios sin fin, bienaventurada sin fin” (2).

En la Jerusalén definitiva los fieles todos alaban a Dios, unidos a las legiones y ejércitos de los ángeles. Estas afirmaciones, que de sabidas se han hecho incoloras, de que los ángeles alaban a Dios perpetuamente, son el eco en Agustín de las palabras lejanas del Antiguo Testamento, repetidas en el Nuevo y transmitidas por la Iglesia desde sus orígenes.

(2) Enarrat. in Ps. 36 (PL 36, 385).

Interesa fijarnos especialmente en la visión de Isaías en su c. VI. El Señor está sentado en un alto trono encima del Templo. Los ángeles (los serafines propiamente) están a su alrededor en actitud de respeto y humildad (3) y cantan, alternándose, el himno de la gloria del Señor: "*Santo, Santo, Santo es Yahvé Sebaoth, llena está toda la tierra de su gloria*" (4).

No es una alabanza que Isaías crea, sino el himno que él ha oído y cuyo recuerdo le hace estremecer (5).

Otro momento en que se nos aparecen los ángeles alrededor de su Señor es el c. 38 del libro de Job.

Es la primera respuesta del Señor a las razones de Job. Ya que has sido tan sabio como para juzgar de los caminos de Dios, respóndeme ahora: ¿Quién fijó las medidas de la tierra?... "*¿Sobre qué descansan sus cimientos o quién asentó su piedra angular entre las aclamaciones gozosas de las estrellas de la mañana y los vítores unánimes de los ángeles?*" (6).

Los profetas de Israel saben de este canto de los ángeles y en el versículo de un salmo o en una visión vuelven a aparecérsenos los consejeros de la corte de Yahvé (7), dispuestos a cumplir inmediatamente sus mandatos (8).

El Nuevo Testamento está también jalonado por apariciones de ángeles que cantan la gloria de Dios (9), o sirven a Jesús (10).

Pero en ningún libro inspirado aparece la adoración angélica con la riqueza que en el Apocalipsis (11). Las visiones se suceden así como los himnos a Dios y al Cordero. El trisagio trans-

mitido por Isaías vuelve a ser oído por Juan. Pero en esta nueva versión, lo mismo que en los otros himnos apocalípticos, ha habido una ampliación de los temas. No se trata ya tan sólo del canto al Señor de los Ejércitos, sino también del Cordero sacrificado (12), de Jesucristo y aún de Dios "*que viene*" (13), es decir que se manifiesta acercándose a nosotros.

Los ángeles alaban a Dios que ha redimido a los hombres. Su liturgia ha empezado a celebrar también acciones divinas en directo provecho nuestro.

Y en estas alabanzas no están solos, sino que también se han unido los bienaventurados. Por medio de los veinticuatro ancianos apocalípticos (14) figura del Israel espiritual, es decir de la reunión de los fieles, nuestras oraciones se unen a las de los ángeles.

Así pues, con el último libro inspirado no sólo se ha abierto a nuestra vista la liturgia de adoración de los ángeles, sino nuestra misteriosa participación en ella.

La Liturgia

Desde entonces la conciencia de esta unidad en la alabanza no se interrumpe. Es que no puede interrumpirse. No es una devoción condicionada a un tiempo determinado, sino una efectiva asociación al canto de "nuestros hermanos" (15).

Todas las liturgias cristianas son explícitas en ello. Los prefacios de las misas romanas recuerdan siempre explícitamente varias jerarquías de ángeles antes de repetir con ellos el trisagio, y tras la consagración el sacerdote pide que las ofrendas sean llevadas por manos de su santo ángel al altar sublime de Dios.

Expresiones semejantes encontra-

(12) Ib 5, 11.

(13) Ib 4, 8.

(14) Ib 4, 10; 5, 8.

(15) Godofredo de Admont, benedictino muerto en 1165. (PL 174, 1139 B).

(3) Cfr. CRISOSTOMO. In Is VI n. 3 (PG 56, 71). Cfr. J. FISCHER, Das Buch Isaías. Bonn. 1937. l. c.

(4) Is 6, 1-3.

(5) Cfr. Is 6, 5.

(6) Job 38, 7.

(7) 1 Reyes 22, 19; Job 1, 6; 2, 1; Dan 7, 10.

(8) Ps 29, 1-2; 89, 6-8; 103, 20-22; 148, 2.

(9) Lc 2, 14.

(10) Mt 4, 11; Mc 1, 13; Jo 1, 51.

(11) Apoc 4, 8-10; 5, 9-13; 7, 11-12; 19, 4.

mos en la liturgia mozárabe (16) y en las orientales (17).

Lo importante de estas oraciones es que son la expresión pública de las convicciones de la Iglesia que mediante ellas se asocia a las alabanzas de los ángeles.

Es que en ellos la alabanza de Dios se da en plena espontaneidad y nosotros unimos la nuestra más costosa y menos espontánea para hacerla más agradable al Señor. El himno de los ángeles inserto en la liturgia de la Iglesia terrestre, confiere a su oración la profundidad y trascendencia que exigen las verdades de la revelación (18). Pero la alabanza celestial tiene otra particularidad que hemos de anotar si queremos conocer la trascendencia ulterior que tiene esta asociación nuestra con ella. En el Apocalipsis los ángeles y los santos forman un conjunto, una ciudad. Posiblemente lo que San Juan quiere decir al comparar el reino eterno de Dios con una ciudad es que existe allí unidad jerárquica y estructurada, plena de autonomía y espontaneidad en sus cantos al Señor (19).

En este sentido el cielo no será la suma de los bienaventurados, sino la ciudad santa de Dios, la Jerusalén nueva iluminada por la gloria del Señor y del Cordero (20) en que son ciudadanos los ángeles y los santos.

Esta consideración es importante. Las alabanzas que llenan aquella ciudad no son sólo los entusiasmos de cada bienaventurado, sino que es la alabanza y la adoración de la ciudad como tal, la oración de la comunidad, una oración pública en la que cada voz se inserta sin esfuerzo y sin disonancia.

Y esto nos enseña desde otro punto de vista lo que es la oración oficial de

la Iglesia de que hoy tanto gustamos hablar. El acto mejor de adoración que Dios y Jesucristo pueden recibir de nosotros es el de aquella ciudad en que no sólo la humanidad salvada, sino el conjunto de los ángeles adoran, alaban y cantan. En aquella ciudad no hay ángeles o santos especialmente dedicados a la oración. Allá todo es oración. Es una ciudad orante. Su oración es oficial, oración de un cuerpo jerárquico. Por esto la Iglesia de la tierra adquiere oficialidad en su oración uniéndose a la oración de la ciudad celestial en la que Jesús es plenamente el rey. En aquélla lo "político" se identifica con lo "religioso". Pero no traslademos allá lo concreto y molesto de nuestras categorías políticas ni hablemos de teocracia, sino de completa y exhaustiva entrega a Dios de la colectividad en cuanto tal.

El cristianismo primitivo, que tenía conciencia clara de la intercomunicación de ambas Iglesias, concibe siempre las manifestaciones de la Iglesia terrestre —asambleas para actos de culto o para decisiones doctrinales— como reuniones en las que están presentes los ángeles, que viniendo de la ciudad celeste, dan a la Iglesia de aquí su carácter de grandeza oficial, unificándola con la ciudad de los cielos.

En la predicación de San Juan Crisóstomo los ángeles son la guardia del emperador de los cielos que acompañan a Cristo presente en la misa como los soldados acompañan al rey. No temamos a la metáfora usada. Detrás de ella está la verdad de la presencia de aquella ciudad de los cielos, que existe como cuerpo político (21), en la que se da jerarquía, donde unos ángeles asisten ante el acatamiento del Señor y le presentan las oraciones de los santos (22), otros son los mensajeros suyos (23) o están ante El atentos a sus órdenes (24).

(16) Liber mozarabicus Sacramentorum. M. Ferotin, Paris 1912, cc. 250, 261, 262, 405...

(17) Orac. de la liturgia alejandrina de San Marcos (F. E. BRIGHTMAN. I Eastern Liturgies Oxford 1896 p. 131).

(18) Cfr. BONSIKVEN, L'APOCALYPSE (Verb Sal) Beauchesne. Paris 1951 p. 316ss.

(19) ERIK PETERSON. Le livre des anges. Desclée. Paris, 1954, p. 57.

(20) Apoc 21, 23.

(21) PETERSON, o. c. p. 82.

(22) Tob 12, 15.

(23) 1 Reyes 22, 19...

(24) Ps. 103, 21.

Derivaciones espirituales

La realidad en torno

Este es uno de los aspectos del variado mundo de los ángeles. Verdadero y hermoso, pero, como muchas de las cosas de Dios, fácilmente olvidable.

La patria de los ángeles es el cielo; por eso es difícil hacerlos convivir, aunque sólo sea en el recuerdo, con nosotros aquí. Y no podemos hacérselos sensibles. En momentos artísticos presentiremos algo de ellos, al contemplar la abadía del Mont-saint-Michel o los ángeles admirables de algunas catedrales góticas, pero más ordinariamente estarán asociados con la infancia, con los cromos espantosos que entusiasmaron a nuestras abuelas o con las cabezillas aladas que rodean a las Inmaculadas de los clásicos y de los no clásicos.

El barroco tardío abusó del tema, y el recargo insoportable de muchos de sus altares culmina en los ángeles inexpresivos colocados donde aún quedaba un trozo de arquitectura por retocer.

Después han pasado a ser elemento de chiste, o su verdad hermosa se ha desparramado en el lenguaje de cada día para señalar algo que se eleva en pureza sobre el nivel ordinario.

La realidad interior

Por todo esto su mundo se nos presenta como algo lejano, sutil y etéreo, que tuvo vigencia histórica cuando gustaban los libros de caballerías y se necesitaba de su ayuda contra maleficios y brujas, pero que ya no tienen sitio en nuestro atareado mundo presente.

No vale recordar a San Bernardo con su entusiasmo por los ángeles (25) ni a la especial devoción benedictina por ellos (26). Esto no rompe la idea de lejanía y arcaísmo en que los hemos confinado. Buen entretenimiento para monjes cantores. Pero nada más.

Los ángeles y nuestra vida de hoy

Este olvido ambiental de los ángeles, por lo menos en círculos católicos cultivados, es importante. K. RAHNER califica de "herejía criptógama" la ausencia de los ángeles en la predicación (27). Sin embargo, no tenemos razón en este olvido. Esta actitud de adoración que hemos considerado brevemente en ellos es importante para nosotros.

Y es importante porque nuestra vida ante Dios se tiene que expresar fundamentalmente en los momentos de adoración. La adoración al Señor no es un "acto de culto" en el sentido exterior que damos a esta expresión. Adorar a Dios es la actitud fundamental de toda vida personal —humana o angélica— desplegada ante Dios. Es vivir radicalmente en verdad y libertad reconociendo en el silencio de nuestra interioridad la verdad y libertad absolutas de Dios.

"El acto de adoración tiene algo de infinitamente auténtico, bienhechor, constructivo. Tiene algo que da salud... que garantiza la pureza del espíritu" (28).

El acto de adoración es capaz de pacificarnos en la verdad. Si alguna vez hemos tenido no sólo obligación sino necesidad estricta de recogerlos a adorar a Dios, es hoy cuando cada día está amenazada nuestra más elemental paz e interioridad humanas y cristianas.

Y en la adoración sentimos existencialmente que los ángeles son "nuestros hermanos". En cada misa unimos "nuestras voces" a las suyas para cantar al Señor, y también les recordamos en algún modo al desear que el nombre de Dios sea santificado en la tierra como lo es en el cielo (29).

En una de sus visiones Juan quiso postrarse ante un ángel creyéndole Dios. El ángel lo impide: "No lo ha-

(27) K. RAHNER SI. *Dangers dans le catholicisme d'aujourd'hui*. Desclée. Paris. 1959, p. 123.

(28) R. GUARDINI. *El Señor*. Patmos. Madrid 1954. II pp. 343. 345.

(29) PETERSON, o. c. pp. 58-59.

(25) Cfr. Dictionnaire de Spiritualité I, Paris, 1937, cc 600-601.

(26) Ib 602-603.

gas. Soy también siervo como tú y como todos tus hermanos que guardan el testimonio del Señor Jesús. A Dios debes adorar" (30).

Otros aspectos

Por este rasgo de su adoración continua, debiéramos acordarnos más de nuestros hermanos del cielo. Este su estar-más-allá de todo lo humano, de todo lo histórico, es buen contrapeso a nuestra espiritualidad a veces demasiado "humana", demasiado "histórica", llena de confianza en esta vida nuestra tan amplia, tan consciente pero a veces poco valiente para trascender lo creado con los pasos decididos de la fe.

Donde acaba nuestro mundo empiezan ellos. No es una lejanía local, ni siquiera que no se ocupen de nosotros —los ángeles custodios merecen un recuerdo más frecuente y agradecido— sino una lejanía ontológica, inasequibles al cambio histórico, llenos de la presencia constante de Dios.

Es verdad que no pueden ser nuestro ideal adecuado. Pero pueden hacer que nos conozcamos mejor poniéndonos el límite superior. Valen más que nosotros y reconocerlo es salud para nuestro espíritu. Pensar en su mundo definitivo, centrado en torno a Dios, deshace la visión antropocéntrica que crece inconscientemente en nosotros como una enfermedad pegajosa. Existe una ciudad, una nación santa en que ellos viven, que es la definitiva, junto a la cual nuestra humanidad con su complejo y grandioso despliegue histórico tiene fundamentalmente el papel de peregrinación, de preparación y de deseo.

Todavía más. El deseo existente en nosotros hacia la pureza de corazón, la claridad de espíritu y la rectitud moral, ese deseo que hace dolorosa una vida de pecado y persiste independientemente y aun en contra de la dirección que lleva nuestra vida efectiva, ese deseo misterioso en sus raíces profundas,

(30) Apoc 19, 10.

nos enseña que nuestro ser está en camino, anhela algo y vive en contradicción.

No es que anhelemos ser ángeles. Pero ellos representan en su jubilosa alegría ante el Señor esa perfección de un ser que ha llegado a su término y por la que nosotros suspiramos.

Con toda la importancia que para nuestra definitiva instalación por o contra Dios tiene la vida presente, no olvidemos que es una vida provisional y que lo que en realidad somos, el fondo divino que hemos recibido de Dios, aun no se ha revelado (31), pero el día que aparezca veremos hasta qué punto nuestro parecido con los ángeles borra las diferencias que ahora nos parecen enormes (32).

Quizá se pueda decir que el abandono en que tenemos a los ángeles se debe en gran parte al abandono en que todos tenemos lo mejor de nosotros mismos, la santa interioridad de nuestra oración al Señor.

Volviendo a ser niños

Y si se puede hablar de estructura psicológica del culto a los ángeles, es decir de una actitud humana con la que ajuste mejor un recuerdo más frecuente de estas grandes personalidades a lo divino, tendríamos que reivindicar para el hombre y el cristiano maduro y sensato la creencia en los cuentos de hadas y la ilusión por las cosas pequeñas.

No se trata de equiparar los ángeles a este mundo infantil, irreal y feliz, pero sí de encontrar en esta postura de los niños algo más que la consecuencia de una vida que comienza y que aún no ha recibido los desengaños de la "verdad". El niño ve las cosas con otros ojos. Lo hermoso, bueno y feliz recubre todo su mundo, al que él impone su visión alegre en vez de dejarse imponer por él.

(31) 1 Io 3,3.

(32) Cfr. Mt 22, 30: *En la resurrección... serán como ángeles de Dios en el cielo.*

Después las cosas y las personas que le rodean se irán haciendo más "reales", más hirientes y le quitarán esas hermosas realidades en las que vivía.

Pero si comprendiésemos que en esta pérdida hay algo que ha dependido de nosotros, y que este algo es lo que haya habido de positivo despreciar lo que aún se podía salvar en el naufragio de nuestras ilusiones, enton-

ces habremos recuperado la capacidad de volver a aquella visión alegre de las cosas, y si recobrásemos esta visión alegre de las cosas, midiéndolas un poco más por la ilusión y un poco menos por el egoísmo, estaríamos entonces más capacitados para sentirnos amigos de los ángeles buenos, de esos cuatro angelitos que guardaron tantas veces nuestra alma de niños dormidos.

